

## LECCIONES OCASIONALES

La palabra lección tiene diversos sentidos; así, en la frase «dar una lección» se emplea en una acepción muy amplia; en cambio, el sentido que pudiéramos decir académico es restringido; lección, en este caso, es una fracción de enseñanza dotada de unidad.

Aquí tomamos la palabra en acepción amplia, significando toda actuación del maestro que contribuye al perfeccionamiento espiritual de los alumnos. Su efecto es el aprendizaje y la formación de los discípulos.

La lección no siempre es una explicación; puede ser una frase, un gesto, una mirada, incluso un silencio que a veces es más elocuente que una larga exposición.

El término «ocasional» tiene cierto matiz filosófico; se relaciona con los de «causa» y «condición», pero se diferencia claramente de ellos. La condición y la ocasión tienen de común el ser en cierto modo exteriores al nexo causa-efecto; ellas no intervienen en la producción de la energía, no penetran en la intimidad del proceso, actuando, por así decirlo, desde fuera.

La causa tiene influencia positiva sobre la aparición del efecto. La condición no produce el efecto, pero se requiere para que actúe la causa; consiste en la desviación de un obstáculo, con lo cual la causa puede operar y opera. Ejemplo: Una piedra está sostenida; si se le quita el apoyo, la piedra, cae; quitar el apoyo es condición de la caída, no la causa, que es la acción de la gravedad. La existencia de una ventana es condición, en determinadas circunstancias, de la visión; la causa objetiva es la luz y la subjetiva el ojo.

Además de la condición absolutamente necesaria para que se produzca el efecto por acción de la causa eficiente —condición «sine qua non»—, existen otras condiciones que no son absolutamente indispensables, si bien hacen posible una acción más perfecta. La condición ofrece la característica de que es siempre especial y determinada.

La ocasión es una circunstancia o conjunto de circunstancias que favorecen la actuación de una causa. A diferencia de la condición, la ocasión es indeterminada; se necesita una cualquiera —y en este sentido la existencia de la ocasión es una condición—, pero puede ser ésta o la otra. Ejemplo: Los Estados generales fueron ocasión de la Revolución francesa.

Según el cardenal Mercier, la ocasión actúa sólo sobre causas libres; así, por ejemplo, la baratura es ocasión de compra, y la noche, ocasión de robo. En esto se diferencia también de la condición, que concierne a cualquier causa eficiente.

La condición no ejerce influencia alguna real sobre la acción, pero la ocasión tiene una sobre la determinación volitiva que la precede.

La ocasión sólo tiene sobre la producción del efecto una acción mediata; la influencia de la causa eficiente es inmediata. El influjo de la ocasión se ejerce sobre la voluntad del agente de modo inmediato, ya porque desvíe un obstáculo que impedía la acción, ya porque la solicite a obrar positivamente. Después de esto, la voluntad decide la acción y la causa eficiente produce su efecto.

En relación con nuestro tema de estudio, la ocasión es la circunstancia que favorece la acción docente, y su efecto, la acción discente, que, como dejamos dicho, es el aprendizaje y, tomada con más amplitud, el perfeccionamiento de los alumnos.

La enseñanza es entendida modernamente como dirección del aprendizaje; en ella cabe distinguir dos modalidades: 1.<sup>a</sup>, *sistemática o formal*, que es aquella que se desarrolla con sujeción a un plan y un programa establecidos previamente con un criterio determinado: científico, psicológico o sociológico; y 2.<sup>a</sup>, *ocasional o incidental*, que se desenvuelve aprovechando las oportunidades o circunstancias pasajeras.

Veamos cuáles son las ocasiones de enseñanza. En primer lugar, acontecimientos de la vida intraescolar —la visita de una personalidad, el triunfo de un compañero en una competición— y de la vida extraescolar, bien familiar —un bautizo—, local —un rasgo de heroísmo—, comarcal —la feria, la inauguración de un ferrocarril—, nacional —visita de un Jefe de Estado— o internacional —definición de un dogma, descubrimiento científico, viaje transoceánico, etc., etc.

Además de los hechos de carácter social, son motivo de enseñanza ocasional ciertos fenómenos de la Naturaleza: un eclipse, una inundación, una tormenta, etcétera.

Las festividades, tanto religiosas como patrióticas, las conmemoraciones —aniversarios, centenarios, etc.— constituyen una magnífica cantera de lecciones ocasionales.

Los paseos, excursiones y viajes escolares, así como las colonias de vacaciones, son prodigios en motivos interesantes para la aplicación de este tipo de enseñanza.

Las preguntas de los alumnos, algunas veces inspiradas en noticias que lleguen a ellos a través de la prensa, radio, conversaciones, etc., son otra importante fuente de origen.

En la escuela, como en la vida, todo son ocasiones; lo que importa es saberlas aprovechar, ante todo mediante una acertada selección. En general, puede afirmarse que un acontecimiento, para convertirse en motivo de enseñanza, debe reunir dos condiciones: 1.<sup>a</sup>, que haya despertado o que sea capaz de suscitar un marcado interés colectivo, y 2.<sup>a</sup>, que posea valor educativo, pues hay hechos u objetos que reuniendo la primera condición son indiferentes o marcadamente perjudiciales; así son todos aquellos que, careciendo de significación educativa, producen distracción; por ejemplo, un tumulto callejero, la entrada de un abejorro en la clase. No todas las cosas que susciten el interés momentáneo han de ser tomadas como motivo de una lección.

Entre las ocasiones existen unas previsibles, como las fiestas, conmemora

ciones, congresos, visitas a museos, excursiones, etc., y otras no previsibles o fortuitas que se presentan inopinadamente. Las primeras y algunas de las segundas permiten una adecuada preparación; otras veces la oportunidad exige que la lección se dé inmediatamente, aprovechando el momento.

Como toda actividad humana, la enseñanza tiene su técnica, y es un error pensar que ésta sólo afecta a la instrucción sistemática, confundiendo así la lección ocasional con la improvisada. Siempre que sea posible ésta será también cuidadosamente preparada, pues la eficacia de una lección depende en gran parte de que haya sido bien planeada y meditada hasta en sus menores detalles. Además, el maestro que acostumbra a preparar sus clases de modo conveniente está en mejores condiciones para improvisar una excelente lección ocasional si las circunstancias pasajeras así lo requieren.

El mismo acontecimiento puede ser o no ocasión de enseñanza según los alumnos de que se trate (subjektivismo de la ocasión); influye en esto, por un lado, el grado de madurez de los escolares, y por otro, su preparación cultural, es decir, los elementos apercipientes de que disponen.

El punto de partida de la enseñanza ocasional cabe que sea de iniciativa del maestro o de los alumnos. Los más exaltados partidarios de este tipo de enseñanza, los que propugnan que sea exclusiva, no vacilan en pronunciarse por la segunda modalidad. En realidad, es al maestro a quien corresponde decidir en cada caso si procede o no aceptar la ocasión teniendo en cuenta las posibilidades que ofrece y las condiciones de los escolares.

Son también diversas las formas en que puede darse esta enseñanza: explicación por el docente, búsqueda de la respuesta en libros, en la consulta a personas informadas, discusión entre los alumnos... Es igualmente susceptible de adoptar la modalidad de proyecto y de trabajo por equipos. En todo momento puede ampliarse la enseñanza ocasional convirtiéndola en globalizada por la que varias asignaturas se enlazan en forma concéntrica.

El uso de la enseñanza ocasional puede ser exclusivo o integral, suprimiendo toda instrucción sistemática —tal es la posición sustentada por Berthold Otto—, o bien complementario de la misma, considerándola como auxiliar y reservándola para casos más o menos excepcionales.

El autor antes citado establece esta enseñanza con la denominación de «globalizada libre», y la fundamenta en absoluto en las preguntas y sugerencias de los alumnos; según él, toda la actividad docente debe sustentarse sobre el instinto de investigación del niño. La solución a las preguntas se busca en la discusión entre los escolares, dando siempre la preferencia en el uso de la palabra al menor de los niños que la hayan pedido; hablan después los mayores, y, finalmente, si los escolares no son capaces de sacar adelante la cuestión, interviene el maestro.

Con carácter complementario de la enseñanza sistemática, la ocasional puede decirse que es tan antigua como la escuela, pues el verdadero maestro no prescinde de esta eficaz forma didáctica. Sin embargo, la escuela tradicional ha sido muy fiel —con frecuencia demasiado— al programa y al horario, mostrán-

dose poco propicia a acoger las ocasiones de enseñanza, por lo cual alguien la ha denominado escuela de «las oportunidades perdidas».

En un rápido recorrido a través de la Historia de la Pedagogía podemos encontrar claros antecedentes de esta modalidad didáctica. Nuestro gran Vives recomienda las visitas a tiendas y talleres, la observación de los trabajos agrícolas y la conversación con los agricultores y artesanos. Rabelais insiste en que su discípulo debe conocer todo cuanto le rodea: ríos, montañas, árboles..., y, en consecuencia, ha de aprovechar para la instrucción las situaciones de la vida. Lo mismo se expresan Montaigne, Comenio y más explícitamente Renéon cuando afirma: «Imaginemos que descubren (los niños) en el campo un molino y quieren saber lo que es; ello nos dará ocasión para explicarles cómo se prepara el más importante de los alimentos del hombre; si, análogamente, presencian la recolección de los trigos hay que explicarles cómo se vertica, cómo se siembra y cultiva la planta y cómo se multiplica.» Rousseau no sólo recomienda esta enseñanza, sino que la desorbita propugnándola con exceso. Pestalozzi también acude a ella.

La Pedagogía moderna, fundada sobre la Biología y la Psicología, tiene muy en cuenta los intereses de los niños y sobre ellos elabora los programas, dejando además buen margen a la enseñanza ocasional. Incluso aquéllos no son completamente ajenos a ésta, puesto que tienen muy presentes las ocasiones previsibles, como la sucesión de estaciones. Los centros de interés y concentraciones, tan en boga desde hace unos años, son ideas ejes alrededor de las cuales giran por un tiempo variable las actividades escolares. Esas ideas ejes pueden referirse a motivos que figuran en los programas o también a circunstancias ocasionales.

Veamos cuál es el valor de la enseñanza ocasional:

1.º Aprovecha el interés espontáneo, y, por tanto, consigue que los alumnos, al poner el espíritu en tensión sobre el asunto de que se trate, atiendan sin esfuerzo, comprendan más fácilmente y retengan con más fidelidad.

2.º Mantiene y encauza la curiosidad infantil, palanca poderosa de instrucción, que siendo muy viva en un principio, al ocurrir el despertar intelectual, va decreciendo si no se la cultiva acertadamente. Lo mismo ocurre con la interrogación, que es una de las manifestaciones de la curiosidad. La enseñanza ocasional contribuye a convertir el instinto interrogante en voluntad del mismo signo.

3.º Da respuesta a problemas y necesidades reales.

4.º Asegura la vinculación de la enseñanza con la vida. En la modalidad sistemática existe el riesgo de perder el contacto con la realidad vital, y así resultan alumnos instruídos, pero que frecuentemente fracasan ante los complejos fenómenos reales.

5.º Acostumbra a la observación de la realidad circundante, cualidad muy interesante para todos e indispensable para quienes hayan de cursar estudios de medicina, ciencias naturales, etc.

6.º Se presta a ejercer una honda influencia sobre la formación integral.

7.º Evita que se formen opiniones y valoraciones falsas, ya que con frecuencia versa sobre temas que se discuten en el hogar y en la calle.

8.º Establece relación de confianza entre el maestro y los alumnos.

9.º Permite al docente conocer con más precisión el mundo de conocimientos de sus discípulos y el círculo de sus inquietudes e intereses.

10. Contribuye eficazmente a lograr la colaboración práctica de la clase.

11. Es la forma más natural de proporcionar conocimientos, la que utiliza el hogar y también la sociedad, a través de la prensa, radio, libros, conferencias, etc. Esta sólo hasta cierto punto es una ventaja, porque la escuela no na de cifrar su aspiración en hacerse semejante al hogar, puesto que es una institución disunta, con finalidad y características propias.

En resumen, la enseñanza ocasional tiene en su favor razones de índole psicológica y pedagógica.

Consideremos ahora la contrapartida de inconvenientes y peligros:

1.º Abandono de los programas y, como consecuencia, riesgo de una enseñanza incompleta, entregada al azar de los acontecimientos.

2.º Falta de sistematización, que hace imposible seguir el orden de lo fácil a lo difícil, y el enlace lógico entre los conocimientos. En la ciencia, unas nociones presuponen otras, es decir, que hay un «prius» lógico y en la adquisición por la mente hay otro «prius» psicológico; ambas exigencias no pueden ser atendidas en este tipo de enseñanza.

3.º Superficialidad, como consecuencia del grave inconveniente anterior. Las lecciones ocasionales, como procedimiento exclusivo de enseñanza, fácilmente se convierten en una charla difusa, y la cultura que proporcionan carece de reciedumbre; entre los resultados de una instrucción sistemática y otra puramente ocasional existe la misma diferencia que separa la cultura adquirida por medio de estudios regulares de la que puede derivarse de prensa, radio, conversaciones y lecturas al azar.

4.º Que resulte sumamente difusa al adaptarse demasiado a la interrogación infantil, verdadero mar sin orillas.

5.º No crea hábitos de trabajo organizado.

6.º Que no se adapte a los auténticos intereses de los escolares, pues a veces el maestro juzga equivocadamente sobre este punto.

7.º No permite un riguroso control de la enseñanza por las autoridades docentes y dificulta la comparación de resultados entre diversas escuelas.

8.º Que carezca de valor educativo, al plegarse servilmente a los intereses espontáneos e inmediatos. Sabido es que éstos se caracterizan durante la infancia por su fugacidad y veleidad y que no existe verdadera conexión entre ellos y las necesidades, especialmente futuras, por lo cual el niño frecuentemente se interesa por lo que no le conviene y viceversa. Los intereses intelectuales son relativamente débiles en la infancia, y así continúan si no se les cultiva adecuadamente. Si la enseñanza se ciñe al plano de lo que interesa naturalmente, quedará profundamente mutilada. Por otra parte, la instrucción sistemática contribuye a despertar nuevos intereses, convirtiéndose en elemento aper-

ciente y, por tanto, refluye sobre la ocasional ampliando gradualmente su área de posibilidades.

La formación integral quedaría aún más resentida usando exclusivamente dicha forma de enseñanza, porque se suprimiría el esfuerzo y no se daría tijeza al ánimo infantil.

Para obviar el inconveniente señalado en primer término, Walter Popp, decidido adversario de la ordenación fija de materias en el plan de estudios, propone que el docente lleve un fichero o índice de temas que han de tratarse en el curso, y, a medida que son desarrollados, al presentarse la ocasión oportuna, pasen a otra carpeta, con lo cual se lleva cierto control. La acción queda integra al azar de los acontecimientos y al criterio del maestro.

¿Qué consecuencias hemos de sacar del balance anterior? En primer lugar, rechazar la enseñanza ocasional en su modalidad exclusiva o integral, porque suprime los programas escolares, y toda obra sin plan es nula. Implantarla sería instaurar la anarquía en la escuela.

¿Cómo ha podido nacer la idea de esta forma de enseñanza con exclusión de la sistemática? Se ha llegado a ella partiendo del interés de los alumnos, no del artificialmente provocado, sino del espontáneo. Así han surgido los programas psicológicos, y los llamados centros de interés. Llevando al extremo el respeto a los intereses naturales llega a suprimirse todo programa, incluso toda enseñanza colectiva, para aceptar únicamente el objeto hacia el cual se dirige en cada momento el espíritu infantil y, si se trata de un interés colectivo, organizar rápidamente una lección ocasional que ha de abandonarse en cuanto aquél languidezca o se desvíe.

Así resulta que esta posición es defendida por los representantes del moderno biologismo pedagógico, para los cuales el perfeccionamiento mental es semejante al crecimiento físico, un proceso que se desarrolla naturalmente y del cual basta apartar los obstáculos y trabas para que se verifique de manera conveniente.

Admitir la validez de toda inclinación espontánea del educando equivale a proclamar la suficiencia de la naturaleza para llevar a cabo la tarea educativa, con lo cual huelga la Pedagogía.

Esta posición es radicalmente falsa y, en consecuencia, la escuela no existe para servir y halagar los intereses dados, sino para crear otros que sin ella no aflorarían jamás.

La segunda conclusión es que no ha de rechazarse toda enseñanza ocasional, puesto que, como hemos visto, tiene positivos valores. Es preciso utilizarla discretamente, con ponderación, dándole un carácter complementario de la enseñanza sistemática, que ha de constituir el marco del trabajo escolar, y cuidando siempre de prevenir sus peligros e inconvenientes.

Vamos a considerar brevemente los distintos aspectos de su aplicación:

1.º En relación con los grados de la enseñanza.

En el ámbito de la escuela primaria y, dentro de ésta, en los grados de párvulos es donde tiene más amplio margen de aplicación. Efectivamente, el párvulo está ya en posesión de sus percepciones y movimientos, vive los intereses

concretos y objetivos que le llevan al conocimiento del mundo circundante; su espíritu no alcanza todavía las cimas de la abstracción y sistematización. Estas condiciones del desarrollo psicológico del niño aconsejan que la enseñanza, huyendo de la rigidez, adopte preferentemente la forma ocasional, aunque no deba prescindirse de un sencillo programa elaborado con criterio psicológico.

Los grados elementales constituyen verdaderamente una transición; en los alumnos de siete a nueve años se afirman los intereses intelectuales, pero siempre sobre la estructura de la etapa anterior, por lo cual procede que la enseñanza tenga forma sistemática, pero sin eliminar bruscamente la ocasional, sino que coexistan ambas y ésta disminuya de manera gradual.

En los grados superiores —períodos de perfeccionamiento y de iniciación profesional—, las funciones mentales de elaboración llegan a su completo desarrollo; los intereses intelectuales se han enraizado y la capacidad de abstracción y sistematización se ha desarrollado notablemente. Estas características psicológicas fundamentan la necesidad de que la enseñanza sea eminentemente sistemática, pero no debe proscribirse en absoluto la ocasional, porque los alumnos de esta etapa se interesan por cuestiones sociales y temas de actualidad.

En la enseñanza media sólo ha de figurar en principio la modalidad sistemática, debiendo quedar reducida la ocasional o incidental a ciertas festividades, conmemoraciones, congresos, viajes escolares, etc., es decir, a hechos de alta trascendencia y significación.

Más restringida aún ha de ser esta forma de instrucción en los centros de enseñanza superior, en los cuales ha de tener carácter excepcional, reservándose para el caso de que se produzca un hecho de gran relieve, por ejemplo, fallecimiento de una figura extraordinaria en la especialidad de que se trate, un descubrimiento sensacional, una publicación que marque época en la historia del pensamiento científico o literario, etc.

## 2.º Forma en que ha de utilizarse.

Esta varía mucho según las circunstancias; en principio se pueden aceptar ambos puntos de partida: iniciativa del maestro e iniciativa de los alumnos, siempre que se tome en consideración que en definitiva es al docente a quien corresponde decidir qué ocasiones han de servir de motivo a una lección de este tipo.

En algunas escuelas se ha ensayado dedicar una hora determinada dentro de la jornada escolar para que los alumnos puedan formular sus preguntas. En otras se permite hacer estas interrogaciones al principio o al fin de la clase a que correspondan, y, si no encajan en ninguna asignatura determinada, se autoriza su formulación al comienzo de la jornada.

También se ha ensayado en algunos establecimientos docentes el «buzón de preguntas», que aparte de otras ventajas favorece a los alumnos más tímidos.

En algunas de las llamadas escuelas nuevas, como las del plan Dalton y las del sistema Winnetka, los alumnos llevan su cuaderno de preguntas.

Todos estos procedimientos exigen en el docente un tacto especial para encauzar las preguntas infantiles, con el fin de que, lejos de quedarse en el plano superficial, vayan calando cada vez más hondo y además nunca deriven por

derroteros inconvenientes o indiscretos. Puede afirmarse que este último peligro no existe cuando el maestro tiene verdadera autoridad y goza del respeto de sus discípulos.

3.º En relación con las diversas asignaturas.

La enseñanza ocasional, según los ciclos y con las debidas ponderaciones a que hemos aludido, puede y debe aplicarse a todas las asignaturas: Religión, Historia, Formación patriótica y cívica, Geografía, Ciencias físico-químicas y naturales, Ciencias sociales, políticas y económicas... Las Matemáticas y Gramática también se prestan a este tipo de enseñanza.

En los grados de párvulos conviene utilizarla en relación con todas las materias; en los grados elementales y superiores de la escuela primaria debe referirse con preferencia a algunas materias del programa o actividades: Religión, Historia, Geografía, Formación patriótica y cívica y Ciencias naturales.

En general, en nuestras escuelas primarias se utiliza casi exclusivamente en relación con la Religión e Historia patria, en forma de preparación de las diversas festividades y conmemoraciones que jalonan el año escolar, y se descuida lamentablemente su aplicación a la Geografía y Ciencias naturales, donde tienen magnífico campo de posibilidades. Las últimas es triste reconocer que están bastante olvidadas aun en la instrucción sistemática.

En nuestro almanaque escolar figuran fiestas y conmemoraciones plenas de valor educativo, las cuales es preciso hacer vivir al alumno; ahora bien, no es posible dedicar a todas ellas una detenida y amplia lección ocasional, porque esto ocasionaría un recargo que impediría realizar íntegramente el programa y, en definitiva, proporcionaría conocimientos faltos de articulación.

4.º Preparación de las lecciones ocasionales.

Por último señalaremos la forma en que han de prepararse estas lecciones para que alcancen la máxima eficacia:

a) Aceptación o elección de la ocasión de enseñanza. Esto requiere fina sensibilidad en el maestro para captar el interés colectivo de los alumnos ante los acontecimientos y para estimar el valor y posibilidades educativas que éstos puedan entrañar. No siempre el alumno vive lo que nosotros pensamos; es preciso penetrar por simpatía en su mundo interior, y además conviene suscitar intereses valiosos que, tal vez, no hayan despertado naturalmente.

b) Fijar claramente los objetivos a lograr y determinar el contenido de la lección. Así se conjura el peligro de una enseñanza superficial y laxa, a modo de conversación difusa, y se logra una instrucción sólida aprovechando todas las posibilidades de la ocasión, pero sin excederse de ellas.

c) Detallar la forma de lograrlos.

d) Precisar la conexión del tema con la asignatura o asignaturas de que se trate, estableciendo la vinculación con los conocimientos que de ellas poseen los alumnos.

e) Conducción de las actividades de los escolares procurando el trabajo de cooperación en torno al asunto o motivo en cuestión.

f) Por último, después de la lección, es preciso hacer balance, tasando y



valorando los resultados obtenidos, con el fin de tenerlos en cuenta para la enseñanza sistemática ulterior.

Según sea el tema ocasional, su trascendencia, el grado de preparación de los alumnos, etc., cabe dedicar a él unos minutos, una hora, una sesión, unos días o unas semanas. Al maestro corresponde después restablecer el debido equilibrio, trabajando con más intensidad en aquellas materias que hubiesen sido temporalmente descuidadas.

En algunas circunstancias, la lección será necesariamente improvisada, debiendo el maestro en pocos minutos organizar sobre la marcha el plan que ha de desarrollar. La práctica adquirida en la preparación cotidiana le ayudará a resolver satisfactoriamente esta situación.

No puede desconocerse que la enseñanza ocasional presenta al docente mayores dificultades que la sistemática y que, por tanto, exige en él condiciones relevantes: fina sensibilidad, agilidad mental, capacidad de organización y tacto pedagógico; en una palabra, cualidades de buen maestro, de verdadero artista de la educación.

CARMEN LIMÓN MIGUEL.  
Profesora de la Universidad de Madrid.